

ESTUDIOS ARTISTICOS.



Carton de Rafael —La conferencia de Paulo Sergio, proconsul de Asia.

LOS CARTONES DE RAFAEL.

Carton en bellas artes y en la pintura tiene una acepción muy diferente de la que tiene esta palabra en las artes industriales, aunque a la verdad puede provenir de que los pintores han empleado el carton para ciertos trabajos preparatorios en las disposiciones de los frescos, y así frecuentemente antes de pintar sus grandes composiciones al óleo y sobre el lienzo hacían sobre el papel, en italiano *carta*, dibujos de la misma dimension. Como la mayor parte de los términos de pintura se ha tomado de los italianos, así también se ha tomado el nombre de *cartones* para los grandes dibujos hechos por los pintores para servir de modelo de sus grandes cuadros.

La necesidad de hacer *cartones* proviene de la imposibilidad de dibujar los frescos sobre el mismo sitio por la cal y la arena con que están cubiertas las partes donde se trabajan los frescos. Entonces el pintor tiene que dibujar sus figuras sobre un carton delgado que en seguida recorta. Este gran recorte aplicado á la pared, traza con el el contorno con un punzon siguiendo exactamente el perfil del carton. Algunas veces, en lugar de dibujar sus figuras sobre el carton y recortarlas, los pintores han picado el contorno de cada una de ellas, aplicándolas seguidamente sobre la pared y frotando ligeramente sobre el papel picado un saquito de muselina lleno de carbon en polvo, lo que se llama *cisquero*, y así han dejado el rasgo de su composicion, trazado sobre la pared; pero el primer medio parece preferible porque la traza que se forma siguiendo el contorno del carton cortado, no puede ni alterarse ni desaparecer como los puntitos formados por el carbon.

Rafael, ese gran genio de la pintura que no ha tenido despues de él rival, seguia este método, y así se ve aun hoy en el Museo de París el carton de que se sirvió este pintor para su famoso fresco de la *Escuela de Atenas* pintado en uno de los salones del Vaticano. Los mas célebres *cartones* que se conservan son los que se ven en Inglaterra en el palacio de Hampton-Court. Son siete, que representan diferentes asuntos sacados de los Actos de los apóstoles. Estos cartones son de la misma mano de Rafael, y han sido grabados en el año de 1700 por Dovigni: estas estampas tienen grandes dimensiones, son raras y vienen á costar sobre mil reales cada una. Se cree con razon que Rafael habia hecho doce cartones que fueron enviados á Flandes, donde se fabricaban entonces los mas hermosos tapices del mundo. Puede vérselos en efecto en el Vaticano, donde todos los años se cuelgan en la fiesta del Corpus, y en París donde hay una serie de estos tapices traída de Bruselas en 1796. Cualquiera de los muchos españoles que han visitado la capital del imperio francés, y que no habrán dejado de ir á ver la magnífica manufactura de tapices de Gobelín, podrá haberlos visto. Cinco de los cartones de esta serie se hallan hoy diseminados ó destruidos en parte; pero siete se conservan perfectamente en Inglaterra, y han pertenecido á Carlos I. Aquel príncipe los habia adquirido cortados en pedazos y encerrados en un cofre. A la muerte de este desgraciado monarca, que como saben nuestros lectores murió degollado en un

cadalso, Cromwel, que se habia hecho dueño de la Inglaterra, dió orden de hacer su adquisicion. Despues de la restauracion del trono británico el rey Guillermo y la reina María hicieron reunir aquellos pedazos, que fueron colocados sobre una tela, restaurados y puestos en un cuadro. El rey hizo construir espresamente para ellos en Hampton-Court una galería donde se hallan espuestos á la vista de todos los viajeros que van á visitar aquella residencia real. Están colocados uno á cada lado del salon, otro sobre la chimenea y los otros dos á su lado.

Uno de esos cartones de Rafael, el quinto, segun el modo con que está colocado en Hampton-Court, es el que representa á Elymas al quedar ciego.

Habiendo exigido el ministerio de la predicacion la separacion de los apóstoles, Pablo y Bernabé abandonaron la Antioquia, llegaron á Selencia, abordaron á Chipre, estuvieron en Salamina, donde el apóstol San Juan se reunió á ellos, y fueron á Pafos, despues de haber evangelizado toda la isla.

Allí encontraron un mago judío llamado Bar-Jesú, es decir, hijo de Jesú, y conocido bajo el nombre de Elymas. El procónsul Sergio Paulo, hombre sábio y prudente, deseando oír la palabra de Dios habia hecho llamar á su presencia á los apóstoles; empero, temiendo Elymas el triunfo de la nueva doctrina sobre una alma recta y sin prevencion, trató de oponerse á todo trance á los deseos del procónsul. Paulo, clavando sobre él su poderosa mirada llena de autoridad le dijo con fuerza:

—Hombre malvado y engañador, hijo del demonio, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de pervertir los rectos caminos del Señor? Pero la mano de Dios va á descargar todo su peso al fin sobre tí; vas á quedar ciego y á no ver hasta un cierto tiempo la luz del sol.

Inmediatamente quedó rodeado de profundísimas tinieblas y en su terror buscaba, palpando, alguno para dirigir sus pasos.

Asombrado el procónsul con aquel prodigio, y con la excelencia de la doctrina que confirmaba, no titubeó en abrazar la fé de Jesucristo. El magistrado bajó de su trono, y él mismo se adelantó á buscar al apóstol y á pedirle el bautismo. El apóstol, en memoria de aquel triunfo dejó en lo sucesivo su nombre de Saulo para adoptar el de su ilustre neófito. Este gran suceso se verificó en el año 43 en la isla de Chipre.

Magnífico es este carton del príncipe de la pintura italiana; la figura de San Pablo está llena de nobleza y superiormente vestida: la del procónsul espresa bien el asombro que debió de experimentar á la vista de tanta maravilla, y la de Elymas, su sorpresa, su pesar y su terror.

Ademas de estos cartones, tan preciosamente conservados en el palacio de Hampton-Court, habla Richardson de un carton de la Trasfiguracion de Rafael que habia visto en el Vaticano en uno de los salones en que el papa daba audiencia. Cita también otro carton de la gran Sacra Familia hecha por aquel pintor para Francisco I, que se hallaba hace cien años en la coleccion de Montauri.

La causa de que estos cartones hubiesen sido recogidos en pedazos, es porque algunas veces en lugar de dibujar los pintores sus figuras sobre carton, como hemos dicho al principio, los partian, y en este caso no eran mas que copias calcadas con cuidado é iluminadas como los originales,

siendo mas cómodo hacerlo en los pedazos de los cartones, como era costumbre en otro tiempo, á fin de causar menos embarazo al obrero, que tomaba cada uno de los pedazos á medida que adelantaba en su trabajo, en lugar tener, como se hace ahora, el cuadro entero ar-

rollado de alto á bajo detrás del taller de la tapiceria.

Los cartones de los grandes maestros son tan interesantes como sus cuadros. ¿Acaso este dibujo de Rafael no es un cuadro completo?

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN INVIERNO EN LOS HIELOS DEL POLO

(Conclusion).

IX.

LA CASA DE NIEVE.

El 22 de octubre á las once de la mañana, con una hermosa luna, se puso la caravana en marcha habiéndose tomado las precauciones de modo que el viage se hiciese lo menos incómodamente posible. Llegada la noche, cuando el momento del reposo fué necesario, construyeron una pequeña choza de nieve para evitar el rigor del aire. La cena se compuso de carne fresca de cabras silvestres, que habian cazado, y de té caliente. Juan Vergara, para prevenir los funestos efectos del escorbuto, hizo distribuir á toda su gente algunas gotas de jugo de limon, y despues toda la tripulacion se durmió rendida de cansancio y de fatiga. Asi continuaron avanzando hasta el 4.º de noviembre que fué indispensable detenerse durante uno ó dos dias. Entonces resolvieron el construir una casa de nieve y hielo, apoyándola contra una roca de un promontorio. El carpintero trazó inmediatamente los cimientos; debia tener diez pies de largo sobre cinco de ancho. Penela y los marineros con sus cuchillos cortaron grandes trozos de hielo, los trajeron al lugar designado y pudieron levantar lo mismo que hacen los albañiles, las paredes de piedra. Bien pronto construyeron un pequeño edificio de unos cinco pies de altura con un espesor casi igual, porque alli no faltaban los materiales y temian no fuese bastante sólida para durar algunos dias. Dejaron abierta una puerta hacia la parte del Sur y con el lienzo de una tienda, colocado sobre las cuatro paredes, quedó cubierta. Concluida la casa, todos se retiraron á ella llenos de fatiga; Juan Vergara sufría hasta el punto de no poder dar un paso mas, y Velez se aprovechó de su dolor y desesperacion para arrancarle la promesa de no pasar mas adelante en aquellas horrendas soledades. El 5 de noviembre se hallaba la tripulacion en la mayor consternacion; Vergara abatido, Maria apenas podia contener sus lágrimas, y Penela lleno de un humorendiablado al ver tantos trabajos perdidos y tantas fatigas inútiles. Velez no podia disimular el placer que le causaba el desaliento de todos. Ya iban á resolverse á volver y cesar en las esploraciones, despues de haber sufrido miles de trabajos y fatigas, despues de haberse visto algunos dias enterrados completamente entre la nieve, en términos que habian tenido todos ellos

que hacer una especie de mina para poder encontrar una salida, porque durante una noche se habia amontonado la nieve arrastrada por el viento contra el obstáculo que le presentaba la casa construida en medio de los hielos, y habia formado una masa tan compacta que todos creyeron que les iba á servir de tumba quedando enterrados vivos, cuando el día de la marcha, Penela, fijando la atencion en un punto hacia el Sur, habia visto levantarse una humareda, y habia exhalado un grito de alegría. No podia equivocarse, alli respiraban seres animados. Inmediatamente sin cuidarse de la falta de viveres, sin reparar el rigor de la temperatura, envueltos en sus capuchones, todos se adelantaron hacia aquel lugar de esperanza y de salvacion.

Creyeron reconocer gritos lejanos. Velez les decia que en aquellas latitudes elevadas y con aquellos grandes frios el sonido se percibia á distancias extraordinarias. No obstante fueron siguiendo el eco de aquella voz, y encontraron en el camino un muerto. Aquel muerto era uno de los marineros que habian acompañado á Luis Vergara.

—¡Adelante! gritó Penela, va en ello nuestra vida, no podemos detenernos.

Marcharon asi durante media hora sin decirse palabra, y llegaron á un sitio que debia ser tierra.

—Es la isla Shaon, dijo Vergara, adelante.

Al cabo de una milla vieron distintamente una columna de humo que salia de una choza de nieve cerrada con una puerta de madera. Todos lanzaron un grito. Tres hombres salieron fuera de la choza, y entre ellos Penela reconoció á otro de los marineros que habian ido con Luis.

Permanecia aquel hombre como estúpido y embrutecido no sabiendo lo que pasaba en rededor de si. Velez miraba con una inquietud mezclada de cruel alegría á los compañeros de aquel marinero, pues no reconocia entre ellos á Luis Vergara.

—Pedro, soy yo, Penela con tus amigos,

El marinero volvió en sí, y se arrojó en los brazos de su antiguo camarada.

—¿Y mi hijo Luis? exclamó Vergara con terror.

X.

VUELTA AL BERGANTIN DE LUIS VERGARA.

En aquel momento un hombre debil, estenuado, casi moribundo, se arrastraba sobre el hielo saliendo de la choza; era Luis Vergara.

—¡Hijo mio!

—¡Mi querida María!

Partieron al mismo tiempo estos dos gritos, y cayó Luis desmayado en los brazos de su padre y de la joven. Arrastráronle hacia la choza, y reanimar á fuerza de cuidados.

—¡Padre mío! ¡María! exclamó Luis, os vuelvo á ver antes de morir.

—No morirás, exclamó Penela, porque todos tus amigos están á tu lado.

Preciso era que Velez tuviese mucho odio para no alargar la mano á Luis Vergara: empero estaba pálido y no la alargó.

—Amigos míos, nos hemos salvado. Padre mío, María, ¡cuánto habeis debido sufrir!

—De nada nos acordamos, Luis mío. Tu bergantín, el *San Francisco*, está allí, sólidamente anclado en los hielos, á sesenta leguas de aquí; juntos volveremos á él.

—Amigos, dijo Penela, aguardaremos aquí á que el frío disminuya; teneis víveres y madera, quemaremos los restos del *Welfel*.

El *Welfel* había sido arrojado á cuarenta millas del sitio donde invernaba Luis Vergara. Fué hecho pedazos por los tempanos que flotaban por el deshielo, y los desgraciados naufragos fueron arrastrados allí por una parte de los restos del navío con los que habían construido su cabaña sobre la orilla meridional de la isla Shaon. Los naufragos se hallaban entonces en número de cinco; el resto de la tripulación se había sumergido con la chalupa, en la que todos se habían precipitado cargándola demasiado en el momento del naufragio.

Cuando Luis Vergara se vió arrastrado por los hielos que vió cerrarse en derredor suyo, tomó las precauciones necesarias para pasar el invierno. Era hombre robusto, de grande actividad y valor á prueba; pero á pesar de su firmeza había sido vencido por el clima horrible, y viendo no podía nada contra él, no esperaba mas que la muerte. No había tenido solo que luchar contra los elementos sino también contra la mala voluntad de dos marineros no-ruegos, que sin embargo le debían la vida: eran una especie de salvajes inaccesibles á los sentimientos de piedad. Así es que cuando pudo hablar á solas con Penela, le aconsejó desconfiase de ellos particularmente, y á su vez Penela, le aconsejó que recelase de la conducta de Andrés Velez. Luis no quería darle crédito, pero Penela le probó por ciertos hechos que Velez había obrado siempre con doblez, y que no trataba mas que de asegurarse el amor y la mano de la joven María.

Todo aquel día se empleó en el descanso y en el gozar del placer y la dicha de haberse vuelto á ver.

Duró la temperatura fría en extremo hasta el fin de la semana, y el 47 de noviembre, ocho días después, pudieron pensar en volverse á poner en camino con mas luz de las estrellas, con un frío menos vivo, y aun casi con menos nieve. Por una feliz casualidad encontraron en el camino el trineo en que iba María que se había perdido, y hallaron á los perros que, después de haber roto las correas que les sujetaban y habérselas comido para satisfacer su hambre habían invadido las provisiones del trineo, y así ellos mismos fueron los que guiaron á la tripulación hacia aquellas provisiones de las que todavía quedaban una buena cantidad.

El 7 de diciembre, veinte días después de su reunión, divisaron el principio de la bahía donde invernaba el bergantín *San Francisco*, y ¡cuál no fué su asombro al ver el navío levantado cerca de cuatro metros en el aire apoyado sobre enormes trozos de hielo! Precipitáronse á él muy inquietos por sus compañeros pero fueron recibidos con gritos de alegría por estos. Visitaron Juan y Luis Vergara la sala y la bodega del bergantín, para ver con que provisiones podían contar todavía, los meses que debían permanecer encerrados en el navío, porque el deshielo no se verificaría antes del mes de mayo, y el bergantín no podía salir de la bahía antes de esta época. Eran, pues cinco meses de invierno, los que era preciso pasar en medio de los hielos, teniendo que mantenerse todo este largo espacio de tiempo catorce personas. Hicieron los cálculos necesarios Juan y Luis Vergara, y comprendieron que debían poner á todo el mundo á media ración y hacer obligatoria la caza para que pudiesen procurarse alimento con mas abundancia.

XI.

LOS DOS RIVALES.—CONSPIRACION.

Andrés Velez se había unido á los dos marineros no-ruegos que se acababan de salvar con Luis Vergara. No tardó mucho tiempo en manifestarse una clara antipatía entre Velez y Luis Vergara, porque Velez obedecía con dificultad las órdenes que aquel, á pesar de ser jefe del bergantín, le daba. Además se notó que había una continua sustracción en los víveres y en el combustible, lo que iba haciendo cada vez mas crítica su situación. Un día, el 45 de enero, cuando Vergara bajó á la bodega para renovar su provision de limon, permaneció estupefacto al ver que el barril donde estaba encerrado había desaparecido. Subió y participó á Penela aquella nueva desgracia. Un robo se había cometido; fácil era conocer los autores. Comprendió entonces Luis por qué la salud de sus enemigos se hallaba firme y sus cuerpos robustos, cuando los suyos se hallaban escuálidos y débiles, porque no tenían mas que la mitad de la provision de que dependía su vida. Entonces entró en una profunda desesperacion.

XII.

MISERIA.—AGONÍA.—VÉRTIGO.

El 20 de enero ningun marinero tenía fuerza para salir de la cama; cada cual envuelto en su manta de lana, tenía además una piel de búfalo, y en cuanto uno de ellos trataba de sacar un brazo fuera, experimentaba tal dolor, que era preciso meterlo otra vez dentro. Habiendo encendido Luis su brasero, Penela, el carpintero y Velez salieron de sus camas y vinieron á acurrucarse al rededor del fuego. Penela preparó café caliente que hiciese recobrar el calor á sus cuerpos. María pudo también participar de su comida.

Aproximóse Luis á la cama de su padre, que permanecía casi sin movimiento. Hallábase postrado por la enfer-

medad, y murmuraba algunas palabras sin sentido que destrozaban el corazón de su hijo.

—Luis, voy á morir, ¡cuánto padezco! sálvame!

Luis tomó de repente una resolución; volvió hácia el segundo, y le dijo pudiéndose apenas contener:

—¿Sabes dónde están los limones, Velez?

—Supongo que en la bodega, respondió éste sin conmoverse.

—Tú sabes donde están, pues que los has robado.

—Tú eres el mas fuerte, Luis Vergara, respondió Velez, y puedes decir y hacer lo que te dé la gana.

—Por compasion, Velez, mi padre se muere y tú puedes salvarle, responde.

—Nada tengo que responder.

—¡Miserable! exclamó Penela echándose sobre él con el cuchillo en la mano.

—A mí los míos, exclamó Velez retrocediendo.

Inmediatamente se echaron fuera de la cama los dos marineros noruegos, y otros dos que eran del partido de Velez, preparándose á defender á Penela Vergara el carpintero, y otro aunque se hallaba muy débil y muy enfermo, pero que sin embargo se preparó.

—Sois mas fuertes que nosotros, les dijo Velez, y queremos vengarnos á golpe seguro.

Los marineros no quisieron precipitarse contra ellos, porque calcularon que el ser vencidos era perderse.

—Velez, dijo Luis con voz sombría, si mi padre se muere, tú le habrás matado, y te juro por mi honor que te he de matar como á un perro.

Velez y sus cómplices se retiraron al otro lado de la sala, y no respondieron.

El 26 cambió el viento en N. E., y la temperatura bajó á treinta y cinco grados, lo que la hizo soportable. Juan Vergara seguía en su agonía, nada se podía hacer por él en su dolor. Los ojos de Velez se hallaban clavados sin cesar sobre él, y Luis adquirió la certidumbre de que él había ocultado aquel bálsamo tan necesario, porque precipitándose de improviso sobre Velez le arrancó un limón que éste se preparaba á chupar. Velez no dió un paso para recobrarlo; parecía que aguardaba un día fijo y señalado para cumplir sus horribles proyectos. El jugo del limón devolvió algunas fuerzas á Juan Vergara, pero hubiera sido preciso continuar este remedio, y la joven María fué de rodillas á suplicar á Velez; pero éste no la respondió, y Penela le oyó decir despues á sus camaradas:

—Se acerca el momento; el viejo está moribundo, algunos de los marineros no están mejor que él; los demas van perdiendo fuerzas de momento en momento; pronto nos llegará el instante en que nos pertenecerán sus vidas.

Resolvióse, pues, entre Luis y sus compañeros no aguardar: era preciso aprovechar las pocas fuerzas que les quedaban. Resolvieron obrar á la noche siguiente y matar á aquellos miserables para no ser muertos por ellos.

Separóse Luis unas tres millas con su escopeta para cazar, y fué siguiendo algunas reses que vió. Al volver, efecto de la deslumbradora blancura de la nieve, le acometió un vértigo, y sin saber por qué se puso á dar gritos pidiendo socorro por algunos minutos. Empezó el frío á apoderarse de él, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo por un instinto de conservacion, se levantó penosamente. Entonces sintió un olor á grasa quemada terri-

ble, y como el viento venia de la parte del navío supuso que el olor venia de allí. No comprendió el objeto con que se quemaba aquella grasa; en todo caso era muy peligroso porque aquella exhalacion podia atraer á los osos blancos.

Tomó, pues, el camino del bergantin lleno de las mas tristes preocupaciones que su espíritu sobreescitado convirtió pronto en terrores. Parecióle que masas colosales se movian en el horizonte y preguntábase si podrian ser todavía algún temblor de tierra. Muchas de aquellas masas se interpusieron entre él y el humo y parecia que se alzaban por los costados del bergantin: detúvose para considerar mas atentamente la vision de sus terrores y reconoció una bandada de gigantescos osos. Habian sido atraídos por el olor de la grasa que habia sorprendido á Luis Vergara. Ocultóse detrás de una colina para no ser descubierto por ellos, porque entonces era hombre perdido. Contó hasta tres que andaban rondando al rededor del navío, y no tardaron en trepar por los trozos de hielo sobre los que descansaba el *San Francisco*.

Nada parecia hacer suponer que aquel peligro inmenso fuese conocido en el interior del navío. Oprimióse el corazón de angustia. ¿Qué fuerza podria oponerse á aquel terrible enemigo? ¿Se unirían Velez y sus compañeros á sus enemigos en aquel comun peligro? ¿No serian sorprendidos por un ataque imprevisto? En un instante hizo Luis estas terribles reflexiones. Los osos habian trepado por los trozos de hielo que habia en derredor del navío. Entonces pudo dejar el abrigo que le protegia y aproximarse arrastrando sobre el hielo, y pronto pudo ver á los enormes animales destrozar la tienda con sus garras y saltar sobre el puente; ¡y nada venia á detener su marcha! Luis pensó en tirar un tiro para avisar á sus compañeros; empero debia contar al punto ser acometido, é indudablemente quedaria hecho pedazos por los osos. Resolvió, pues, aguardar y se preparó á socorrer á sus amigos: pero nada le indicó que tuviesen conocimiento de aquel nuevo peligro.

XIII.

LOS OSOS BLANCOS: COMBATE SUPREMO.

Despues de la marcha de Luis á la caza, Penela habia cerrado cuidadosamente la puerta de su alojamiento, que se abria bajo la escalera del puente. A poco se habia presentado Velez, el que vino á arrebatárle el brasero que tenia, para asar uno de los perros que habia degollado, á pesar de todas las observaciones que le habian hecho. El fuego era bastante vivo y la grasa, desprendiéndose de las carnes eran el humo y el olor que habia visto desde tierra Luis.

Sobre la muerte del perro se habia suscitado una disputa y Velez habia echado mano á su cuchillo, llamando á sus noruegos en su socorro y á los marineros parciales suyos. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron estos listos y armados de pistolas y puñales. Era un golpe preparado. Penela se precipitó sobre Velez, que se habia reservado el papel de encargarse de él solo, y sus compañeros cor-

rieron al carpintero y los demás. Algunos de estos fueron vilmente asesinados sin defensa. El carpintero había tomado una hacha a los primeros gritos de Penela y había salido al encuentro de los amotinados. Otros se hallaban enfermos en las camas, con tales padecimientos que ni aun pudieron tener conciencia de lo que pasaba en derredor de ellos. Desde el principio de la lucha se había vertido la cazuela, y la grasa cayendo sobre las ascuas, había impregnado la atmósfera de un olor nauseabundo. María se levantó dando gritos de desesperación y se precipitó al lado de la cama donde estaba agonizando Juan Vergara: la lámpara suspendida en el techo iluminaba aquella escena de desolación. Velez menos vigoroso que Penela, sintió sus brazos sujetos por los del timonero: hallábanse demasiado cerca uno de otro para poder hacer uso de sus armas. Los demás marineros, menos enfermos, tomaron también parte en la defensa de su capitán. La sangre corría en medio de los rugidos y de los gritos. Un marinero llamado Joca, hombre de una fuerza poco común, había recibido una puñalada en la espalda y echaba la mano para coger una pistola colgada del cinturón de un noruego; pero este le abrazó con sus brazos como unas tenazas sin dejarle movimiento alguno. De pronto, Velez, que Penela tenía acosado y a quien apretaba cada vez más contra una puerta, dió un grito y acudió uno de sus parciales. En el momento en que iba a dar una puñalada en la espalda a Penela cayó a tierra; pero el esfuerzo que este hizo permitió a Velez tomar alguna ventaja: su brazo derecho pudo soltarse del de Penela que le apretaba como un tornillo; pero la puerta de entrada, sobre la que los dos se hallaban recostados, cedió al peso de Velez que cayó de espaldas.

De repente un terrible rugido estalló sobre la cabeza de los combatientes y un oso gigantesco se apareció en el principio de la escalera: se hallaban solo a cuatro pies de él. En el mismo momento se oyó la detonación de un tiro, y el oso, herido sin duda ó asustado, retrocedió para buscar y castigar a aquel nuevo enemigo. Velez que había llegado a levantarse, se puso en su persecución abandonando a Penela.

El timonero volvió a levantar la puerta caída y miró en torno suyo. Vió a dos marineros atados por sus enemigos echados en un rincón y haciendo vanos esfuerzos por romper sus ataduras. Penela se precipitó en su auxilio, pero fué derribado al suelo por los dos noruegos y el otro marinero. Agotadas sus fuerzas no le permitieron resistir a los tres hombres que le atacaron en el momento. Después oyendo gritos del segundo, se lanzaron hacia el puente creyendo que pediría socorro contra su adversario Luis Vergara.

Allí el combate fué más espantoso. Velez peleaba contra un oso, al que había dado ya dos puñaladas: corría la sangre a torrentes. El oso levantaba al aire sus formidables patas y trataba de alcanzar a Velez: este se sentía acorralado contra las tablas del navio. Era perdido, cuando sonó una segunda detonación y cayó el oso. Levantó Velez la cabeza y descubrió a Luis Vergara en las vergas del mástil de mesana con la escopeta en la mano: había apuntado al corazón del oso y el oso fué muerto. El odio dominó al reconocimiento en el corazón de Velez; pero antes de satisfacerlo miró en torno suyo. Uno de los marineros

parciales suyos tenía la cabeza hecha pedazos de un zarpazo del oso y yacía sin vida sobre el puente. Joca con un hacha en la mano se batía con el oso que acababa de matar al marinero. En vano el animal había recibido dos puñaladas; batíase con rabia dando terribles saltos, arrojando feroces rugidos. Sus compañeros se mantenían aparte, ó mas bien se dirigían al lado de popa del navio; Velez no se ocupó de estos y acudió al socorro de Joca con otros marineros; pero Joca, cogido entre las patas del oso fué hecho pedazos en un instante, y cuando el oso cayó bajo los golpes de Velez y otro marinero que descargaron sobre él sus pistolas no tenía ya entre sus patas sino un cadáver.

—No quedamos mas que dos, dijo Velez con aire sombrío y feroz, pero si sucumbimos no será sin venganza.

El marinero volvió a cargar su pistola sin responder. Antes de todo era preciso desembarazarse del tercer oso. Velez miró hacia la parte de la popa y al levantar los ojos le vió al lado del palo trepando por las vergas para alcanzar a Luis Vergara. Velez dejó caer allí su fusil que iba a dirigir contra el animal y una feroz alegría se reflejó en sus ojos.

—¡Ah, oso mio! dijo con un sanguinario rechinamiento de dientes, me debes esa venganza.

Luis Vergara se había refugiado en la verga del palo de mesana. El oso subía siempre y hallábase a seis pies del desgraciado Luis, cuando éste se echó a la cara su fusil y apuntó al animal en el corazón. Por su parte Velez se echó también a la cara el suyo para herir a Luis si el oso caía. Tiró Luis; pero no pareció que hubiese tocado al oso porque este de un brico saltó sobre la verga! Todo el mástil se estremeció.

Velez dió un grito de alegría.

Llamó al marinero noruego para que fuese y trajese allí a María.

El marinero bajó riendo la escalera del bergantín.

Entretanto el animal furioso se había precipitado sobre Luis, que buscaba un abrigo al otro lado del mástil; le alcanzó; pero en el momento en que sus enormes patas iban a caer sobre él para hacerle pedazos, Luis se agarró a una de las cuerdas y se dejó escurrir hasta el suelo, no sin riesgo, porque a la mitad del camino sintió una bala rozarle un hombro. Velez acababa de tirarle un tiro y le había errado. Arrojó con rabia el arma porque Luis se dirigía a él con el cuchillo en la mano; sacó el suyo y le aguardó a pie firme.

Este combate era decisivo. Para gozar plenamente la venganza, para hacer asistir a la joven a la muerte de su novio, se había privado Velez del auxilio del marinero noruego: no tenía que contar mas que consigo propio.

Agarráronse los dos enemigos a brazo partido teniendo sujetos de modo que no podían retroceder: uno de los dos debían caer muerto. Diéronse violentos golpes y corrió la sangre de una y otra parte. Mientras así luchaban trataba Velez de echar su brazo derecho al cuello de su adversario para derribarle al suelo: Luis, viendo que era perdido el que cayese, se previno; logró cogerle los dos brazos; pero con aquel movimiento se le cayó el puñal de la mano.

Horrendos gritos llegaron en aquel momento a su oído. Era la voz de María que el marinero noruego quería arrastrar hacia aquel sitio. La rabia y la desesperación se



apoderaron de Luis: encontré con la fuerza de un toro; pero en aquel momento los dos enemigos se sintieron cogidos con un estrecho abrazo.

¡El oso se había bajado de la verga de mesana, se había precipitado sobre aquellos dos hombres y los tenía agarrados entre sus gigantescas patas! Velez se encontraba apoyado contra el cuerpo del animal: Luis sentía las uñas del monstruo en sus carnes y el oso les apretaba con un poder irresistible.

Perdidos estaban los dos.

—¡Socorro! grito Velez al marinero noruego

—¡Socorro! Penela aulló casi con rabia, Luis Vergara.

Sintieron pasos en la escalera; presentóse Penela; estaba libre. Dió un grito de horror, amartilló su pistola y la descargó al oído del animal. Dió éste un rugido terrible de dolor que le hizo abrir las patas un instante, y Luis Vergara, agobiado, cayó sin movimiento sobre el puente; empero volviéndolos á cerrar otra vez con fuerza el animal, en el último momento de su agonía, cayó en el suelo arastrando consigo al miserable Velez, cuyo cadáver aplastó con su peso.

Precipitóse Penela al socorro de Luis que aun respiraba. Ninguna de las heridas que tenía era de gravedad, solamente le había faltado un momento la respiración.

—¡Maria! dijo al abrir los ojos.

—Está en salvo, contestó el timonero; el marino noruego está tendido con una buena puñalada en el vientre.

—¿Y los osos?

—Muertos, Luis, como nuestros enemigos; pero bien podemos decir que sin esos animales estábamos perdidos. Verdaderamente han venido en nuestro auxilio: demos gracias á la Providencia, porque es preciso confesar que en esta ocasion ha sido lo mas favorable posible para nosotros.

Luis y Penela bajaron á la habitacion, teatro de aquella escena sanguiñaria, y Maria, trémula y llorando se precipitó en sus brazos.

XIV.

DUELO Y CONSUELO.

Una gran desgracia debía todavía herir á Luis Vergara. Su padre no daba la menor señal de vida. ¿Había muerto en la ansiedad de no saber si su hijo era víctima de sus enemigos? ¿Había muerto antes de aquella terrible escena? No se sabe; el viejo marinero, quebrantado por la enfermedad y estenuado por la falta de remedios, había sucumbido miserablemente.

Este golpe inesperado, sumió á Luis y Maria en una profunda desesperacion. Arrodillaronse alrededor del lecho y lloraron orando por el alma de Juan Vergara.

Aprovecharonse de las pieles de los tres osos, no pensando en comer su carne, tanto mas, que había disminuido el número de los que había que mantener.

Arrojaron á un pozo abierto en la nieve los cadáveres de Velez, de los dos marineros noruegos y de Joca, y alzaron un pequeño sepulcro, compuesto de toscas piedras, para enterrar con el llanto filial á Juan Vergara que no

había abandonado su país sino para venir á encontrar á su hijo y morir en aquel clima horrendo.

Todavía pasaron por crueles pruebas de la temperatura; pero encontraron los limones escondidos en las mochilas de aquellos miserables, y con esto pudieron conservar su salud, pudiendo levantarse á los quince días algunos de los marineros y consagrarse á la caza. En el mes de febrero hubo una tempestad violenta y abundantes nieves. La temperatura media era de 25 grados bajo cero; pero no sufrieron tanto como antes, porque la vista del sol que se elevaba sobre el horizonte de los hielos los alegraba y les presagiaba el fin de sus padecimientos. Parecía que el cielo tenía piedad de sus desdichas, porque aquel año se adelantó el calor, y en el mes de marzo divisaron algunos cuervos revoloteando alrededor del navío. Vinieron bandadas de patos y gansos silvestres que les suministraron abundante caza y alimento. Desde el equinoccio el sol se había constantemente manifestado sobre el horizonte sin desaparecer jamás. Habían comenzado los ocho meses de día que hay en el polo; aquella claridad perpétua, aquel calor incesante, aunque escesivamente débil, no tardaron en obrar sobre los hielos.

Con el mes de abril vinieron las lluvias terribles, que desparramadas á torrentes sobre las llanuras de hielo apresuraron su descomposicion. El termómetro subió diez grados, algunos hombres se quitaron sus vestidos de piel de foca, y ya no fué necesario mas tener lumbre encendida día y noche en la cámara del buque. En el mes de mayo comenzó el deshielo rápidamente y se derretió la nieve por todas partes formando un espeso barro que ponía la costa casi inaccesible. El termómetro subió en fin á cero.

A veinte millas del navío, al Sur, los témpanos de hielo, completamente desprendidos, bogaban hacia el Océano Atlántico, y dejaban pasajes de que podía aprovecharse el navío. El 21 de mayo, después de hacer una última visita al sepulcro de su pobre padre, Luis y el navío abandonaron la bahía de invierno. El corazón de aquellos valientes marineros, se llenó al mismo tiempo de alegría y de tristeza, porque no se deja sin un pensamiento triste, los lugares donde se ha padecido tanto y donde han muerto los amigos. Durante un mes entero la navegacion estuvo llena de peligros inmensos que pusieron en peligro el navío; empero la tripulacion era atrevida, osada y acostumbrada á peligrosas maniobras.

El *San Francisco* libre ya de los terribles témpanos de hielo y á la altura de Juan Mayen, el 25 de julio encontró los barcos balleneros que se dirigian al Norte, habiendo tardado el bergantin cerca de un mes en salir de entre los escollos movibles del mar polar.

El 16 de agosto el *San Francisco* llegó á la vista del puerto de San Turce. Fué señalado por el vigia y toda la poblacion corrió sobre la playa. Pronto los marineros del bergantin se arrojaron en los brazos de sus amigos; el bueno del cura recibió á Luis y á Maria en sus brazos tambien, y las dos misas que dijo en los dos dias siguientes, fueron, la primera por el eterno descanso del alma de Juan Vergara y la segunda para unir aquellos dos amantes, unidos tanto tiempo hacia por el amor, los padecimientos y la desgracia.

LOS JUEGOS FLORALES.

Una de las solemnidades que tenían lugar en la edad media para animar la poesía, eran los Juegos florales, los cuales fueron establecidos en Tolosa y tuvieron gran fama en el Languedoc, influyendo muy poderosamente en la mejora y perfección de aquella bella lengua. En la capital de la Occitania se celebraban los Juegos florales, y los habitantes de la ciudad *Palaria*, como en otro tiempo los griegos en los juegos Olímpicos, coronaban á la poesía y á los poetas.

Es costumbre antiquísima, que se conserva todavía hoy, y todos los años cuando el gentil mes de mayo viene á animar y á hermostear la naturaleza, haciendo florecer los campos, y segun la espresion de Gondoli, el Anacreonte languedociano, vuelve á tomar su túnica verde, académicos nombrados, llamados *mantenedores*, se juntan para distribuir flores de plata y de oro. Dan un amaranto al poeta lírico cuya composicion ha sido juzgada mejor; un pensamiento en recompensa á la elegía; una violeta al poema; una azucena al himno á la Virgen.

Esta ceremonia se verifica desde hace mas de quinientos años.

Para buscar el origen de los Juegos florales, es preciso remontarse al año 4324. Al acercarse la noche de Todos Santos del año anterior, siete amigos de las letras invitaron por una circular á todos los poetas del Languedoc á ir á Tolosa el 4.º de mayo siguiente, prometiéndoles que se daría una violeta de oro al que hubiera trocado mejores versos. Respondieron á esta invitacion, y Armando Vidal de Castelnau, obtuvo la flor prometida por un canto en honor de la Virgen.

Por este mismo tiempo ó poco despues, una noble dama de Tolosa llamada Clemencia Isaura, legó, dicen, todos sus

bienes para atender con sus productos al sosten de los Juegos y compra de las flores. En memoria de esta liberalidad, de este beneficio dispensado á las letras, la levantaron una estatua de mármol blanco en el consistorio de los *Capitules*, y todos los años precede su elogio á la proclamacion de los premios poéticos.

Las damas del siglo XVI lejos de temer como las damas de hoy entrar en lid y competencia literaria con los hombres, solicitaron de los capitulares de Tolosa el permiso de entrar á disputar el premio en la palestra de la poesía. Se les concedió, y aprovechando este permiso muchas veces se vieron en sus blancas manos las flores de plata y de oro.

Hoy subsiste todavía esta misma costumbre, como subsistia hace quinientos años, con la diferencia de que hoy el sucesor municipal de los capitulares, el *maire* ó alcalde, ciñe prosáicamente su faja tricolor en los mismos lugares, en el mismo salon en que los magistrados populares de la antigua Tolosa llevaban con tanto orgullo y dignidad el manto mitad de seda blanca y de escarlata.

El establecimiento de los Juegos florales influyó mucho en mantener vivo por espacio de algunos siglos el sagrado fuego de la poesía languedociana. Presentamos á nuestros lectores el noble acto en que Clemencia Isaura entrega por sus propias manos la corona á uno de los trovadores vencedores.

Hoy, despues de transcurridos cinco siglos, todavía es Clemencia Isaura la que corona á los poetas languedocianos, porque si sus manos, yertas en el sepulcro, no pueden colocar como antes sobre sus sienes la corona de laurel y entregarles las flores de oro y plata, su voluntad prolongada por espacio de cinco siglos hace que mantenga viva esa noble institucion la renta de sus bienes, que respetó hasta la revolucion de 93, y que sirven todavía para animar la literatura y la bella poesía del pais que la vió nacer.



Clemencia Isaura establece los juegos florales.